BENJAMÍN CHÁVEZ

POEMAS







Benjamín chávez

Poemas



Colección
Lima Lee




BENJAMÍN
CHÁVEZ

Benjamín Chávez

Nació en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en 1971.

Fue galardonado con el Premio Luis Mendizábal Santa Cruz (1994) y el Premio Nacional de Poesía (2006), además, en 2012, obtuvo otros dos reconocimientos: el Premio Edmundo Camargo y el Premio Mundial de Crónica Elizabeth Neuffer de las Naciones Unidas, este último, como parte de un equipo de tres cronistas y tres fotógrafos, por la serie de reportajes *Viaje al corazón de Bolivia*. Ha publicado los libros de poemas: *Prehistorias del androide* (Oruro, 1994), *Con la misma tijera* (Oruro, 1999), *Santo sin devoción* (La Paz, 2000), *Y allá en lo alto un pedazo de cielo* (La Paz, 2003), *Extramuros* (La Paz, 2004), *Pequeña librería de viejo* (La Paz, 2007), *Las invasiones perdidas* (La Paz, 2012; segunda edición, Lima, 2019), así como *El libro entre los árboles* (Cochabamba, 2013; segunda edición, Lima, 2019) y las antologías *Manual de contemplación* (La Paz, 2009), *Arte menor* (Monterrey, 2014), *Cierta perspectiva de eternidad* (Buenos Aires, 2018) y *Sueños ajenos* (El Salvador, 2019). También es autor de *La indiferencia de los patos* (novela, 2015); *Los trabajos y los días* (columnas literarias, 2017) e *Hibridismos* (artículos, 2019).

Poemas
©Benjamín Chávez
©Festival Internacional Primavera Poética

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

POEMAS

Pólvora mojada

Un instante a solas y ya garabateo versos.
La respiración agitada,
saltos de mata por palabras enmarañadas
o la visión parcelada del explorador que se desliza
sigiloso
a ras del suelo
intentando no ahuyentar.

Pobre aventura de la dicción y el grafito
a menudo olvidamos que la caligrafía es un arte mayor
—y queda la fauna librada a su suerte.

Nombres

Pronuncia el sol al alba
¿tú o yo?
los perdidos nombres del dolor.
El eco espejo
mi espuela
tu inalcanzable antílope.
Dos segundos de verdor
el mismo sol:
atardecer.

Ceremonial de kiwi

En la certera devastación de la lluvia
—lento y rumoroso el tiempo—
agonía de la pretensión
canta el impío kiwi.

Solo
en la íntima maraña lobular
—vaivenes de ritmo confuso—
encañonado recuerdo
alas transparentes.

Ascensos truncados, trastocados
maroma oscura
forcejeo constante.

En la intermitencia de la vida
la salvedad
lo inocuo
se estremece el kiwi
el decantado.

Condición de vampiro

Tras una inútil noche en tránsito sanguíneo
—la temblorosa piel—
—el quejido mínimo—
oficio el cándido ritual de abrir sobres a mordiscos.

Desde una atmósfera intensa,
cartas que hablan de lejanos países
me seducen, me vencen.
—¡Vuelve hijo mío!—
firma mi madre.

En un arrebato
retomo las infusiones medicantes
la dieta del ajo
la abstinencia…
pero es inútil;
mis sendos colmillos muerden
una y otra vez mi destino:
velar sueños ajenos es mi condena.

Al otro lado del altiplano

Por tu zaguán de muertos
el aroma de nuestro pasado asoma en cada esquina.

Las calles,
un canal seco por donde el tiempo ya no corre.

Al oeste
una vieja casa
escuela de músicos bullangueros
o de bordadoras sumisas ya espectrales.

Junto a sus árboles perpetuos
lecho de hojas caídas
un pueblo vivido muerto y renacido
en el regazo de la bella Thunupa.

Tu aire
blanco plumaje de sal
—alegre el baile de la quinua—
mientras los sauces miran
día y noche

noche y día
una plaza
una iglesia
una fecha increíble de tan vieja.

Tus ojos ruedan como piedras finísimas
arreando rebaños estelares
pedaleando bicicletas negras y solitarias
en un lienzo de vírgenes.

Del otro lado se cuentan historias
lejanas e increíbles
de este
se evoca un límpido río
lavando la espalda de un horizonte inalcanzable
donde ha nacido el sol
y llega
—ya maduro—
a este cementerio de inmortales
semblante de un dios detenido
con un cuenco de sal en la mano
que sueña insuflar nubes
en la oquedad de una noche secretamente luminosa.

Relación nominal de bajas

Mesas vacías.
La barra atiborrada de vasos exhaustos.
Cubos de agua con detergente
balbuceando protestas trasnochadas.
Sillas durmiendo la mona
—cansado campamento de refugiados—.
El frío por las rendijas de la puerta.
Solitario el barman
con su solitario café y rubios infinitos
medita
compasivo
las exaltadas vidas,
las derrochadas muertes
de la noche que acaba.
Sin novedad, concluye
—desmantelado altar de los desvelos—
la rutina del bar
a las seis de la mañana.

Primer apunte

Un haz de luz por la mañana, dádiva de la habitación
comparte su gracia como un mendrugo de pan.
En él me froto los ojos
mientras el taciturno aliento del goce abandona
el encierro —en sí, yerro el deambular por los días
desplegados.

Testimonio de la frustración y el equívoco
los emborronados papeles que el sol amarilla.

Ala perpendicular de la ventana
acoge los desvelos con oreja de caracol y receptáculo.
Hace siglos perdida, la alquimia del remanso
encabalga el horizonte transido
y las armas diminutas, de juguete,
asoman por los bolsillos de mi único pantalón
de domingo
ese con el que un día cualquiera
tendré que salir a guerrear.

Novela negra, rosa

Menciono *dinero* al mencionar *fantasía*.
Las visiones que arranco de esos papelitos
inevitablemente me dibujan
una sonrisa estúpida
y plegan mi lengua sobre sí misma
hasta el fondo —pozo verde de abyecciones
donde el silencio es
un terremoto desplazado
un pedazo de ladrillo caliente
una boca herida que deberá cumplir promesas
porque somos abundantes en lo incierto, amor.

Bienvenida al rito

Aprenderemos a aullar en todos los patios,
doméstico universo de eternidad o muerte.
No, no evoques el prado primigenio de tu lecho
asume este transparente misterio
desde el umbral de los secretos oficios.
¿Dispararemos contra los relojes como nuestros padres?
mejor aún
echemos abajo las torres de las iglesias
¡vamos!, que no pasen las horas
las tijeras cortaron tu ropa
este infinito rito
arrancará gritos a los mudos espejos
—multitudinarios pobladores del abismo—
¿Suplirá el humo
el oro
la miel
cualquier desgarradura de futuros recuerdos?
Súmate a la noche de signos
y ya nunca serás la misma.

Sobreviviente

Existen por supuesto el fervor
la acometida,
el rugir de la última carga
desesperada

H. D.

A lomo de cañón cabizbajo
en su jaula de tosco hierro,
prisionera de guerra
la plancha de carbón del regimiento
recorre el desangrado campo de batalla.
Enumera con horror
los uniformes en los que
extenuó su diligencia maternal.
Ya no podría
después de lo vivido
ya no
acicalar la formación cubierta de gloria
ni ninguna otra.

Domingo de tarde nublada

El domingo era el primer día del hombre. Ni la mujer
había sido creada.
El domingo era el desierto del hombre.

Clarice Lispector

En el edificio en que vivo o finjo vivir, no hay nadie
—Se fueron al zoológico a mirar leones apacibles,
enrejados—.

Me lamento frente a un cesto lleno de ropa sucia.
Deambulo en calzoncillos fumando un cigarro.
Me asomo a la ventana y veo que en la casa vecina
una muchacha juega a lavar ropa.

La observo alegre, aplicada a lo suyo
y veo, sí, veo cómo ese jabón
quita manchas y pesares
cicatrices y afrentas.

Quisiera mostrarle mi ropa
explicarle el sitio, el lugar exacto de la sangre
el dolor
las prendas del insomnio febril
el rugido de noches interminables.

Pero llueve. Ella corre a refugiarse
y deja toda la ropa desparramada por el patio
donde empiezan a dibujarse caminos
mapas de agua turbia
señales que tendré que seguir
hacia las íntimas praderas
de los años intactos.

Fin de fiesta

El amanecer
—de súbito silencioso—
recorre
los abandonados rincones de la víspera festiva.
Las penas olvidadas
tornarán en/otras penas.
Con el último cigarro
que prolonga su ceniza en el día
entonamos la melodía de los pífanos
para que se la lleve el viento
del eterno sino.
Pata de cabra
paso retorcido
volvamos dignos
al corazón del bosque.

Poema número mil para una mujer que jamás leyó ninguno

Después de mil noches anclado en la bahía del correo,
después de 999 poemas devueltos
en sobres sin abrir,
te fuiste diluyendo
como el agua o el viento.
Es que no quisiste perderte en mi bosque
y rodeaste todos los caminos.
Después de traerte la flamígera espada
del ángel que custodia el paraíso,
desenterrar un meteorito
para compararlo con tus ojos.
Después de la tierra, el sueño
la caída de tres dinastías y un imperio
te escribo este último poema
con método de hormiga laboriosa
cuyo único salario
—no pequeño—
será
el sosiego de terminar este desvarío
con un número redondo como el sol.

Cruzar la frontera

La alegre coreografía de las manos
cisnes coquetos
ataviados por la ceñida luz de la mañana
red de miradas que
columpia duraznos
y jugos a punto de derramarse.

Con la fuerza de todas ellas, las jóvenes
que toman los hilos de la conversación
los estiran, los hamacan,
la distancia es otro anhelo
y el instante se perpetúa.

El resto del pasaje
dormita o se pierde en un horizonte mutado
pero las cuatro mujeres que viajan
a la boda del hermano —aun sin proponérselo
juegan con todos nosotros
y el mudo en sus manos es
una muñeca mimada

de cuyo ritual de fiesta
(hato de niños extraviados)
estamos deseosos de participar.

Retornaré del duelo

Retornaré del duelo
perdido jugador sin monedas ni cartas escondidas.
Yo mismo un vacío —súbita ausencia del mundo.
Mis manos diluidas
en menos, mucho menos que escritura
y lo dicho,
un silencio de bocas mordidas.
Seco al fin,
atestiguo el yermo
y me aboco a contar granos de arena y pan.

Los motivos del lobo

acaso su rencor eterno

Rubén Darío

Los brumosos orígenes
lo recibido
—esa herencia que cuesta cargar—.
Dolida mirada de bestia
que escruta
un íntimo bestiario filial
¿confín
refugio
coto de caza?
Toda relación nominal de bajas
es asunto siniestro.
Todo cadáver aleja
el ya mítico jardín primero,
la posibilidad de redención,
el dulce manantial de la ubre,
la sutura y el don.

La espera

En la terraza de la vieja casa
el abuelo seca sus huesos al sol.
La radio
relatando un partido de fútbol
da cuenta de las palabras
que le vieron crecer.
Piel de serpiente en plena muda
el idioma se descascara
cada tarde
cada muerte.

Los últimos músicos de la tierra

En el coro de la iglesia
allí, en San Ignacio de Moxos, disco de aguas
crepusculares
donde voces y cantos de la colonia flotan
a la deriva como una canoa que cabecea
en el trunco meandro del río del tiempo
Manuel Jare y otros nombres
gruesos lentes, camisas de manga corta contra el calor
partituras que arrastran la doble, la triple erre del error
perdonando al padre, al abuelo, al copista empeñado
en la mímesis de lo jesuítico —idea de lo sagrado,
transcripción muda, sin puentes ni señales
solo un atado de líneas, un apretado puño
de notas remedadas y la misteriosa aparición de la
música
en la humedad del papel, de la selva, de los ojos.

Rituales

Sentado al mediodía en un banco de la plaza del pueblo,
habiendo fumado ya un par de cigarrillos y
habituándome a la parsimoniosa tarde
a lomo de la mula de los años,
la quietud — hoy, de repente— se esfuma con la sombra
y los pájaros.
Ha llegado un *jeep* que se detiene frente a la carnicería
y escupe su carga al salpicado sol de las sangres.
Son cabezas de toros, degollados al sesgo
de una rutina mortuoria, de la cadena alimenticia.
Con un hacha de largo mango
los golpes dan cuenta de la cornamenta
y la furia de la vida resollante en las ventas
se rinde ante el amasijo de ojos como vidrio molido
la carne batida en tempestad mamaria
el mundo trastocado por la muerte
en plena plaza, en plena tarde,
a la vista de todos y de nadie.

Légamo

Durante mucho tiempo había pensado que esa partida
—irresoluble disposición de las piezas sobre el tablero—
era cosa de la desidia.
Pero a la luz titubeante de aquel amanecer,
cuando los apagados pasos de la víspera
y el diario forcejeo de las armas
amenazaban con despertar,
recordó las palabras arrancadas de los labios del rey, su padre,
la vez que la súplica de un vasallo
que solo desea un mínimo favor de la fortuna para el soberano
le hizo proferir una promesa.
Ahora, frente a este ajedrez de humilde caoba
¿Qué podía pedir aún ganando la partida?
¿La rendición de las tropas invasoras
allende las murallas de la ciudad
o la del amor en el aposento de los desvelos?

City Blues

Entre automóviles y autoinmóviles
como gato asustado
la niebla y su diáspora.

El nudo de tus esquinas
atrapando peces cíclicos y reincidentes.

En el vapor de un cafecito repetitivo
gasto tus horas y las mías.
Me resigno, bebo, te extraño, sumido en tu centro
magia remota y paradójica
inevitable fatalidad del vacío.

Muchacha dormida en la mesa de un bar

Ella es una estatua de hielo caliente
tiene alas de seda petrificada
y es una estatua de hielo caliente.

Su aliento es un abismo elevado
y los puentes tendidos flotan a la deriva
en una danza de cuerpos impalpables.

Polvo de azúcar es lo que respira
y ese aire torrencial de diminutos cristales afilados
sostiene su perfil, las torres infinitas
el caer de las piedras al agua
como corchos de champaña.

Ríos turquesas acicalan los vientos
y las hojas se arremolinan
bajo su vuelo de niña distraída.

En un reino así
una rendija de escarcha

convida
la mirada conmovida de los otros.

La niebla no existe
el frío es un capricho de la niñez
y el cielo
bordado a mano sobre la tierra
se ensucia
se lava
y se seca.

Tortuga

Contemplo el paso de las horas
sin ferocidad ni resignación.
Las vidas de los hombres
—perdidas o no—
me tienen sin cuidado.
El planeta se apoya en mi espalda,
mi lentitud es un premio.

La débil música de las suaves cosas

En la alta noche
la débil música de las suaves cosas.
Mientras el sueño consuma la quietud
Las torres callan
Los motivos de su altura.
Cada instante se estremece
y lo quedo nos habla con una voz más íntima.
No son las cosas que no tendremos nunca
son las que están
las que estuvieron siempre
y hoy
—complicidad contenida—
nos susurran
una familiaridad irresuelta.

Íntima

Llaman otra vez a la puerta
y en la luz azul del televisor
sigo a la deriva.
No, hoy no estoy para nadie
para mí mismo
no estoy.
Como una tallada imagen de culto
atesoro ofrendas a mis costados.
Conmigo quedan selladas las quietudes.
Así, por ejemplo:
¿significa algo esta esfera jugosa
o es solo otra inútil fruta
en la bandeja del harto?

Espejo de agua

Contemplo mi rostro, más que inexpresivo, invisible.
Mudez de las horas y los motivos,
la laguna textual en esta página
que cambia de color a la luz del atardecer
inunda la planicie no manchada por lo escrito
y moja el resto del libro, humedeciendo, diluyendo,
borrando.

Poema final para una antología

Frente a mí
hay un libro abierto
una mujer
el eco de una guerra cíclica
una bandera trasplantada
la llamada de la línea del horizonte
un cielo generoso
el camino al centro del bosque.
Miles de músicos tocando inagotables
una triunfal sinfonía inmensa o
la íntima música que me levanta cada día.

Algunas —muy pocas—
certezas para un débil soplo,
que generalmente pastan libres
fuera de mi vista
en el inmenso prado de todas las cosas.
—Y los poemas como mares
o como granos de arena y pedrería celeste.

Frente a mí también hay
el bullicio de los amigos
ciertas tardes llenas de sol
de ciudades
colinas
rostros
la contemplación reflejada en los estanques
de la memoria.

El caminar de gente que no conozco
algo que se dicen, un gesto que los muestra dignos.
Y no por último,
algunas dudas
perdidas en el fondo de un baúl trajinado.

Un mirar de frente a los hombres
y otra certeza —esta del corazón—
apaciblemente recostada a los pies de mi cama:
El mundo es un sitio para amar.

Nombres

Pronuncia el sol al alba
¿tú o yo?
los perdidos nombres del dolor.
El eco espejo
mi espuela
tu inalcanzable antílope.
Dos segundos de verdor
el mismo sol:
atardecer.



Colección
Lima Lee

